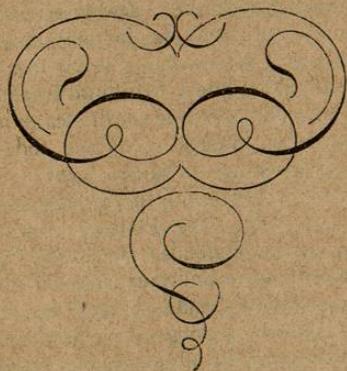


Dice, estrecha á Numa entre sus brazos y espira. Numa se quedó desmayado sobre el cadáver.



LIBRO SETIMO.

ARGUMENTO.

Numa vuelve á Roma con el cadáver de Tacio: Desesperacion de su hija. Numa se prepara á cumplir el juramento que ha hecho á su rey: Rómulo se lo prohíbe. Hersilia va á ver á Numa, y este resiste á sus ruegos y lágrimas. Exequias de Tacio y muerte de su hija. Rebelion de los sabinos; inhumana precaucion de Rómulo. Numa se sacrifica por su pueblo, sale desterrado de Roma y encuentra á Leonte.

Ya cubrian la tierra las tinieblas de la noche, cuando Numa volvió de su desmayo. La vista del sangriento cadáver de Tacio le llena nuevamente de horror, y le recuerda el juramento que ha hecho. Sin arrepentirse ni quejarse, solo piensa en lo que debe al difunto monarca, y temiendo que su cuerpo quede espuesto á nuevos insultos si le abandona un solo instante, le pone sobre sus hombros, y con lentos pasos se encamina á Roma. Luego que llega á las primeras

guardias, llama á los soldados sabinos, les entrega el cadáver, les previene le lleven con respeto hasta el palacio de Tacia, y él se adelanta presuroso con el fin de preparar á la desgraciada princesa á tan cruel espectáculo.

Inquieta aquella hija amante con la larga ausencia de su padre, parecia prever su desgracia. Sola en su aposento, se ocupaba en hilar una túnica de púrpura para su rey y padre querido: mil veces interrumpia su labor, y contaba suspirando las horas pasadas, desde que no veia á Tacio. Los presagios mas funestos la asustan; un terror oculto llena su alma; sus manos abandonan el huso, y queda inmóvil con los ojos clavados en la tierra.

De improviso se le presenta Numa. El dolor que manifiesta, su llanto mal reprimido y sus vestidos manchados de sangre llenan de horror á Tacia: se levanta temblando, y no se atreve á preguntarle. ¡Oh hija de Tacio, le dice el héroe con voz trémula: hoy mas que nunca necesitas de aquella constancia y paciencia inalterable de tu corazón! Vengo á darle el golpe mas cruel; pero sírvate de consuelo la virtud y la amistad mas pura, dones que los inmortales nos franquean como alivio á los males de esta vida.

Apenas ha dicho estas razones cuando llegan los sabinos con el cuerpo de su rey. Tacia, dando un grito espantoso, se precipita sobre su padre, le estrecha entre sus brazos, y queda privada de sentido. Vuelve en sí á poder de los remedios que le administran, fija los ojos en el cadáver, y considera las heridas sin derramar una lágrima: su lengua pegada al paladar no puede articular una queja: un peso enorme le oprime

el corazón. Queda inmóvil sin poder llorar ni aun respirar.

Temiendo Numa los efectos de aquel dolor mudo, manda que aparten el cuerpo del rey, y Tacia prorrumpe entonces en gritos penetrantes y abundantes lágrimas: esto era lo que Numa deseaba. Asegurado de que aquel llanto la aliviará, deja á la princesa al cuidado de sus criadas, y va á dar las disposiciones necesarias para que el cadáver, despues de lavado y embalsamado, se coloque en una cama de púrpura. El mismo distribuye guardias en torno del palacio de Tacia, y despues de cumplir estos tristes deberes, se dispone al mas penoso de todos, que es el de anunciar á Rómulo que no puede ser su yerno.

¡Qué crueles ideas le ocupan en tanto que se encamina al palacio del rey! va á perder para siempre la que adora; debe renunciar su posesion, decírselo á ella misma, y parecerle un pérfido, tolerando toda la pena de tan cruel sacrificio, y la vergüenza de pasar por inconstante. Esta espantosa idea hace titubear su virtud; pero en breve recobra el imperio sobre su pasión. Las sombras de Tulio y Tacio caminan á su lado, le sostienen y animan; le repiten continuamente, que aquel doloroso sacrificio es necesario, y que el oprobio y la desesperacion serian el único fruto que sacaria de un enlace con el asesino de su rey y el enemigo de su familia, y de un himeneo fundado sobre un perjurio, y celebrado con tan funestos agüeros.

Llega al palacio de Rómulo y halla á este monarca sentado á la mesa, rodeado de sus cortesanos. En su rostro se leian la inquietud, el pesar

y los recelos: justo y primer castigo de su delito. Ya sabia la muerte de Tacio: temia se le atribuyese este atentado, y atormentado mas por este temor que por sus remordimientos, guardaba un adusto silencio que sus aúlicos imitaban. Hersilia, sentada á su lado, procuraba disipar con su lira las penas que le oprimian, y le cantaba la victoria del padre de los dioses sobre los gigantes.

Numa se presenta á Romulo, y se estremece al considerarle: el aspecto del matador de Tacio le llena de un horror que en vano procura ocultar. No obstante, hace un esfuerzo, baja los ojos, como si él hubiese sido el culpado, y acordándose del respeto que los vasallos deben al soberano, aun cuando este se halle manchado de los mayores delitos, le dice de este modo:

Rómulo, unas manos sacrílegas han hecho pecer tu compañero. Mis ojos han visto á Tacio espirar bajo el puñal de cuatro asesinos. He muerto dos de estos malvados; los otros dos han huido, y acaso quedarán impunes, hasta que los dioses tomen á su cargo la venganza. Sabes los vínculos que me unian al rey de los sabinos; pero no creo que puedas conocer bastantemente el amor y veneración que profesaba á sus virtudes. Estos motivos reunidos me imponen grandes y penosas obligaciones, que sin embargo pienso cumplir. Rey de Roma, adoro á Hersilia, y sin ella aborrezco la vida; pero he prometido y jurado á Tacio espirante, que su hija seria mi esposa. Cumpliré mi juramento. Vengo, pues, á deshacer el tratado de himeneo, renunciando el bien que adoro, y á pedir tu consentimiento para ser eternamente desdichado.

Sorprendido Rómulo, se queda un instante sin dar respuesta: Hersilia atónita y turbada, deja caer la lira, y los cortesanos inmóviles, esperan para alegrarse ó entristecerse, que Rómulo manifieste sus ideas.

El terrible rey se levanta, y arrojando á Numa una mirada llena de furor, le dice: ya sabia yo la muerte de Tacio, y he dado mis órdenes para arrestar y castigar los delinquentes. Por grande que fuese tu amor á Tacio, puedes fiar á un rey el cuidado de vengar el asesinato de otro rey. Mas, al paso que sé castigar los delitos, sé tambien reprimir los ambiciosos: Numa, Rómulo te prohíbe des la mano á la hija de Tacio; sus derechos al trono de su padre, unidos á los tuyos, podrian un dia serme nocivos: le tengo preparado otro enlace. En cuanto á la afrenta de rehusar mi hija podria ofender á otro que no fuese hijo de Marte; tengo pues á bien compadecer tu poca edad, y considerando la inmensa distancia que nos separa, acordarme tambien de que fuiste de alguna utilidad á mis tropas.

Dicho esto en tono que procuraba manifestar tranquilo, Rómulo vuelve la espalda á Numa sin aguardar respuesta. El desgraciado amante quiere hablar á Hersilia, pero la activa amazona le mira con desden, pasa á su lado sin responderle, y sigue á su padre con todos los cortesanos.

La altivez y desprecio de Hersilia penetraron el corazon de Numa, pero le hicieron mas fácil su doloroso sacrificio. Indignado contra Rómulo ofendido de Hersilia, y resuelto á aventurar su propia vida por mantenerse fiel á su rey, Numa

mas firme y sesegado, vuelve prontamente al palacio de Tacia.

Perdóname, le dice luego que la ve, si en medio de tu luto y lágrimas vengo á hablarte de himeneo. Tu padre antes de espirar te confió á mi zelo; su alma grande y noble dejó el mortal despojo satisfecho del juramento que le hice de ser tu esposo: Rómulo se opone á ello, pero en vano: tú y yo somos sabinos, y como tales dependíamos del rey sabino: en tanto que vivió debimos obedecerle, y sus últimas disposiciones son para nosotros una obligacion todavia mas sagrada. No quiero ocultarte que adoraba á Hersilia; pero desde la muerte de Tacio, prefiero el destierro, el cadalso contigo, al trono con la hija de su asesino. Si en cambio de un amor que no puedo ofrecerte, te contentas con la mas viva amistad, preventé á despreciar las amenazas de Rómulo: mañana, la llama de la pira de tu padre, servirá de téas á nuestro himeneo.

Dice, y Tacia le escucha con dulce admiracion. Tacia, què tanto tiempo habia ocultado en su pecho tan desgraciada pasion, llena de virginal rubor le responde, que él es el árbitro de su suerte. Numa le da su palabra, y mas dueño de sí mismo por las amenazas de Rómulo, que por cuantos esfuerzós habia hecho por su parte, se dedica á disponer los funerales de su rey.

Apenas amaneció el dia siguiente, cuando Numa se dispone á marchar con un cuerpo de sabinos, para ir á cortar la leña necesaria á la fúnebre hoguera: estos piadosos cuidados que á nadie quiere fiar alivian en parte su dolor. Pero en el instante en que va á marchar, Hersilia se le pre-

senta: Hersilia le pide una audiencia secreta.

Ya no es aquella altiva amazona, cuyas miradas tranquilas y desdenosas confundian al atrevido que osaba poner en ella los ojos: ya no es aquella heroína, cuyo invencible brazo se ha teñido en la sangre de tantos contrarios. Ahora viene como amante desconsolada: sus mejillas están ajadas por la abundancia de lágrimas, sus ojos amortecidos y cansados de llorar, brillan no obstante á pesar del triste velo que los cubre: sus cabellos y vestidos desordenados y su belleza, aunque deslucida, le prestan en este mismo desaliño un nuevo y peligroso atractivo.

¡Ya ves, ó Numa, le dice, á qué estado me ha reducido amor! Hersilia viene á buscarte: Hersilia suplicante viene quizas á recibir una repulsa. Juzga lo que te amo, tú que conoces mi altivez; este paso te dirá.... ¡Pero demasiado lo sabes ingrato! por tanto escusaré la vergüenza de repetirlo, quizas en vano, y olvidándome de mí propia, te hablaré solo de tu interes particular.

Te conozco bastante, ó Numa, para creer que la prohibicion de mi padre te hará apresurar tu union con Tacia; pero conoces mal á mi padre si imaginas que te ha de perdonar esta accion. Cree firmemente que en el mismo instante en que desprecies sus órdenes, verás caer tu cabeza dividida por la segur de los lictores: bien conozco que este temor no será poderoso á detenerte; pero no perecerás solo: la sangre de Tacia correrá juntamente con la tuya. ¿Crees que el mismo Tacio, cuya memoria tanto veneras, no te pediria, si viese, que salvases la vida de su hija? Cuando

te hizo prometer que serias su esposo, creyó librarla así de todos los riesgos que la amenazaban; pero siendo este himeneo para Tacia la sentencia de muerte, y si tu fidelidad ocasiona su ruina, eres el primero que falta á las intenciones de su padre, y cometes un delito contra Tacio mismo.

No te hablo de mí; de mí, ingrato, que creí ser amada: de mí, por quien has despreciado la vida, y vertido tu sangre. Yo he sido menos feliz; en nada he servido á Numa: pero tiene este tanto derecho á mi gratitud, que miro sus propios beneficios como prendas que le deben unir á mí para siempre. Sí, Numa; por Hersilia entraste en la carrera de los héroes: á Hersilia diste el escudo celestial que la ha hecho invencible: á esta misma has librado de la muerte, recibiendo el golpe de Leonte: te debo la vida, te debo mi gloria: ¿y podrás abandonarme despues de haberme impuesto la obligacion de adorarte? ¿Para qué me has librado de la muerte? ¿Para qué has logrado, solo por mí, ser el mayor y el mas amable de los héroes? Dime: ¿en qué he podido disgustarte? ¿Cuál de mis acciones te ha ofendido? ¿Acaso ne te he manifestado bastantemente mi amor? Perdona á la hija de Rómulo, que nunca se dignó bajar los ojos á los reyes que la adoraban, perdónale la flaqueza de querer disimular la primera llama que su pecho ha sentido. Cree que ha padecido mas que tú: la violencia que hacia mi corazón castigaba cruelmente mi orgullo. Ya ves en lo que ha parado este orgullo: mírame puesta á tus piés, y regándolos con mi llanto.

¡Oh Numa: vuelve la vista á Hersilia, mirala y quéjate, si te atreves, de su altivez!

Numa respirando apenas, temia mirar á Hersilia: su voz sola le saca fuera de sí. Veia á sus piés á la que amaba mas que á su propia vida; la oia repetir que le adoraba: al paso que hablaba, todas las resoluciones del héroe se desvanecian, como se derriten las nieves en los campos á medida que el sol se levanta hácia el meridiano. Ya el prudente Numa convenia en la solidez de las razones de Hersilia, y su corazón abrasado de amor, enternecido y penetrado con las últimas palabras de la princesa, acaso iba á ceder, cuando Mecio, el general sabino, interrumpió tan peligrosa conversacion.

Hijo de Pompilio: nuestros sabinos, cubiertos de luto, desean verte. Este pueblo que ha perdido su padre clama por el heredero de sus virtudes. Ven pues á consolar su justo dolor, prometiéndoles amarlos como Tacio los amó, y jurándoles que defenderás la hija del mejor de los reyes.

Al mismo tiempo se oyen á las puertas del palacio las voces y gemidos de todo el pueblo: á cada instante se oia repetido entre las quejas y sollozos el nombre de Numa. ¡Ven, decian, virtuoso Numa! ¡Ven único resto de nuestros príncipes y sola esperanza de un pueblo aflijido! Dinos cuáles han sido las últimas voluntades de nuestro buen rey, y aventuraremos las vidas para obedecerles.

Estas voces y quejas del pueblo, la presencia de Mecio triste y lloroso, y la sangre de Tacio aun fresca en la túnica de Numa, que parecia

pedir venganza, hicieron que el héroe venciese al amante: ¡Oh Hersilia! exclamó: te adoro y te amo mas que á mi propia vida; pero amo todavia mas la virtud. Los dioses que me ven, este pueblo á quien debo dar ejemplo, y mi propio corazon que no puedo engañar, imponen el cruel precepto de cumplir mi juramento: puse por garantes de él á las almas de mis padres; y así, por doloroso que sea, completaré el sacrificio. Bien conozco que el dolor me quitará la vida, pero....

No, inhumano, no morirás, le dice Hersilia, interrumpiéndole con furor: yo apartaré de tu cabeza la venganza de mi padre: yo le señalaré la víctima que debe sacrificar á mis agravios. Vivirás sufriendo un largo y doloroso castigo de tu crimen; vivirás para darme el tiempo y los medios de saciar mi justa venganza. ¡Pérfido! ¡No te atreves á quebrantar un juramento que Tacio te arrancó con violencia, y cuentas por nada tantos como me has hecho! ¿Te pedí yo que los hicieras? Tú que bajo esa mentida apariencia de virtud ocultas el ambicioso proyecto de hacerte rey de los sabinos, tiembla ingrato! Tiembla de la suerte que te amenaza, y no te lisonjees de evitarla. Errante, perseguido, desterrado, arrastrarás tu desventura é hipocresía por todos los pueblos de la Italia, sin que alguno de ellos te quiera dar asilo. Entregado á los remordimientos devoradores de haber causado la muerte á tu amante; llorarás mientras vivas el delito de tu inconstancia. Te acordarás de Hersilia, volverás á ella tus manos suplicantes, y Hersilia será cada vez mas implacable. En tanto que

me quede un soplo de vida, te perseguiré por cuantos medios inspire mi orgullo y mi amor despreciado; y si tu abandono me da la muerte, mi alma irá á unirse con las crueles furias para añadir, si es posible, nuevos horrores á tu suplicio.

Dice, y ciega de enojo y dolor huye de Numa. Avergonzado este de tales extremos, sin atreverse á mirar á Mecio, va á consolar á los sabinos. Receloso no obstante por las amenazas de Hersilia, y temiendo segundo atentado de parte de Rómulo, encarga á Mecio doble las guardias en el palacio de Tacia, y atiende con el mayor cuidado á su seguridad. Sale despues con un desatamiento, y se encamina al monte para despojarle de los pinos consagrados á Cibéles, de los olmos y fresnos, que transformados por la cruel industria del hombre en picas y dardos derraman arroyos de sangre humana.

Ya resuenan por todas partes los golpes de la segur: el melancólico cipres separado de sus raíces rueda hasta el valle; los alisos gratos á Neptuno, las hayas amigas de los pastores, caen con estrépito, abandonando las cumbres y laderas que adornaban con sus antiguos troncos. Despues los despojan de todas sus ramas, y conducen á la orilla del Tiber, no lejos por Roma, en donde se debia formar la pira para las exéquias de Tacio.

El siguiente dia, los principales sabinos conducen el cadáver cubierto de la púrpura é insignias reales. Mil guerreros preceden el féretro: se adelantan con las armas vueltas, bajas las cabezas, y marchando al ronco y lamentable estruendo de las sordinas. La inconsolable Tacia sigue

al cuerpo cubierta de un velo funebre, arrojando flores sobre el cadáver. Numa, vestido tambien de luto, sostiene sus débiles pasos, la consuela llorando con ella, y atiende á moderar su desesperacion; todo el pueblo sabino, que los cerca, hace resonar los contornos con sus gritos y lamentos.

Mecio, sobre todos, el anciano Mecio, que por espacio de sesenta años ha sido el compañero y el amigo de su rey, Mecio se hiere el pecho, mesa sus canas y esclama: ¡oh mi rey! ¡el mejor de los monarcas! La Parca cruel ha dejado correr el estandarte de mi vida, sin duda para hacerme perder á un tiempo mismo á mi padre, á mi amigo y á mi rey. ¡Oh Tacio! tú, á quien en mi juventud he visto arrostrar tantas veces el riesgo en los combates, y rodeado de enemigos hallar siempre la gloria y nunca la muerte: ahora perezces, en medio de tus hijos al golpe de manos parricidas. Ese corazon siempre abierto á las miserias de tus vasallos, ha sido traspasado por unos ingratos. ¿Cómo no te han librado los dioses? ¿Cómo han dejado perecer al que era en la tierra la imájen de su beneficencia? ¡Oh Tacio, soy no obstante el menos digno de lástima de cuantos te lloran, pues tengo la esperanza de sobrevivirte poco tiempo!

Así se lamentaba Mecio, y todo el pueblo que se detenía al oírle, le respondía con sollozos y profundos ayes.

Ya descansa el cuerpo sobre la pira, y ya se inmolan las víctimas: Numa derrama sobre la tierra dos copas de vino, dos de leche y dos de sangre, libacion agradable á los manes. Llama

después á voces el alma de Tacio, y volviendo la cara, arrima el hacha encendida á la pira. Al punto prende la llama y sube por los resinosos troncos de los pinos: crecen los lamentos del pueblo; las tropas levantan los escudos, pero Numa manda que callen, y mirando con religioso respeto el pálido semblante de Tacio, al cual todavía no llegaban las llamas, dice:

¡Oh mi rey! en tus últimos instantes prometí ser el esposo de tu hija; juré vivir para amarla, para defenderla y vengo a cumplir mi juramento. Esta hoguera será el ara, y en ella, en presencia de tus manes, delante del pueblo que te llora y de las deidades vengadoras del perjurio, ofrezco mi mano y mi fé á Tacia. Sí, sabinos, los dioses, vosotros mismos, todos los amigos de Tacio me castiguen, si mientras viva no me ocupo en hacer feliz á la digna esposa que Tacio me ha dado: caiga sobre mi cabeza la sangre del mas justo de los reyes, si no empleo todo mi conato en desempeñar con la augusta hija todo lo que debo al padre.

Al pronunciar estas palabras, une su mano á la de Tacia, y juntas quiere estenderlas hácia la hoguera. Pero Tacia no puede sostenerse; titubea, sus miembros se entorpecen, y cae en los brazos de Numa. Un sudor frio cubre su frente, su lengua trabada no puede articular voz alguna: todo su rostro cárdeno se desencaja; cae en el suelo y se revuelca con espantosas convulsiones, y á pesar de los socorros de Numa y los sabinos, espira dando espantosos gemidos.

Todo el pueblo queda horrorizado de semejante suceso. No se pueden desconocer los efectos

de un veneno, patentes en el rostro y en todo el cuerpo. Ya esta voz se difunde en todo el concurso, y se oye un ruido semejante al de los vientos cuando comienzan á embravecer la mar. Los soldados, los ciudadanos se miran unos á otros: en sus rostros se lee la indignacion, y la cólera inflama sus corazones: todos pronuncian los nombres de Rómulo y de Hersilia, y los llenan de maldiciones. En breve se oye un grito general; todos se apiñan al rededor de Numa. Vénganos, esclaman: venga á Tacio y su hija, víctimas del inhumano Rómulo! Condúcenos contra ese monstruo: la naturaleza y la religion te lo ordenan: vamos al instante á Roma; destruyamos esa ciudad impía, siempre funesta á los sabinos.

El virtuoso Numa, rodeado y movido por aquel pueblo furioso, escitado por el horrendo espectáculo de la muerte de Tacia, y arrebatado del justo horror que causa á una alma pura un gran delito, Numa se olvida de que solo á los dioses les es dado castigar á los reyes: ciego en el primer ímpetu, del cual no es dueño, marcha á Roma á la cabeza de los furiosos sabinos.

Pero el astuto y prudente Rómulo habia previsto la borrasca. Sabedor de que Numa, no obstante su oposicion, queria cumplir su juramento, escitado por la cruel Hersilia, y deseoso al mismo tiempo de vengar su hija y autoridad despreciadas, habia hecho poner un tósigo violento en el poco alimento que habia tomado Tacia aquella mañana. De este modo nacen muchos delitos de uno solo: siempre un atentado conduce á otro mayor. Rómulo temeroso de una rebelion, no quiso asistir á los funerales por cui-

dar de la seguridad de Roma: ya las puertas están cerradas y las murallas coronadas de tropas. El bárbaro Rómulo imagina un antemural todavía mas seguro para detener á los rebeldes: hace traer desde sus casas las mujeres, los niños y los ancianos sabinos, que no han podido acompañar el cuerpo de su rey; los coloca sobre los muros, cubre con sus cuerpos á los soldados y espera á los sediciosos.

Llegan estos guiados por el furor, gritando venganza y blandiendo sus dardos; pero al reconocer aquellos ancianos, aquellas madres y aquellos niños se detienen pasmados y atónitos: consideran que para herir los soldados de Rómulo han de traspasar sus armas aquellos pechos queridos. Un silencio profundo sucede á sus fieros y amenazas: se miran unos á otros, quedan inmóviles y las armas se les caen de las manos.

Aquel instante solo bastó para que Numa volviese en sí. Entonces ve claramente la estension de los males que su empresa va á ocasionar: se horroriza contemplando el riesgo á que ha expuesto al pueblo sabino, y corriendo por todas las filas, esclama: no mas venganza, amigos míos; aun cuando esta fuese justa, la compraríais á precio muy excesivo. Salvad á vuestros padres é hijos: esta obligacion es mas sagrada que la de vengar á vuestro rey. ¿Quereis acaso ser partícidas para agradar á Tacio? ¿Son estas las víctimas que le enviaréis al Averno? Si le conocíais, ¡juzgad cuanto su alma piadosa desaprobria tan atroz esceso! ¡Oh sabinos! en cualquiera otra ocasion seria gloria el vencer; pero en esta lo es el ser vencidos. Toma, ¡oh Mecio! esta

rama de olivo, ve á hablar á Rómulo; dile que vas á asegurarle de la sumision y obediencia de los sabinos; dile que están prontos á darle rehenes, y á reconocerle por su único soberano, con tal que jure perdonarlos. Si exige una víctima, dile que está pronta: yo me ofrezco á serlo suya. Yo solo me hago culpado del delito de todos, y solo me exceptúo del perdon. Corre, vuela; no pierdas un instante; firma la paz, y ofrece mi cabeza, si es menester. Me será dulce el morir por el bien de mi pueblo.

Así habló Numa: Mecio quiero responder, pero el héroe no le oye, y le obliga á entrar en Roma. En breve vuelve anunciando la paz y el perdon, con tal que Numa salga al punto de los estados de Rómulo.

Apenas oyen los sabinos esta condicion, cuando dando voces vuelven á tomar las armas; pero Numa los aplaca, les ruega que obedezcan, les hace ver los males inmensos de que él solo seria causa, y en fin jura, si no admiten la paz, atravesarse el pecho con su propia espada. Despues se aparta con Mecio, y dándole un estrecho abrazo le dice:

Enjuga el llanto, querido amigo: este destierro que es tan útil á mi nacion, es al mismo tiempo necesario á mi tranquilidad. ¿Podia yo volver á ver á Romulo? ¿Hubiera podido tolerar la vista de esa inhumana Hersilia, cuyo furor es sin duda cómplice del último delito cometido por su padre? ¡Oh Mecio! mi corazon está curado de la fatal pasion que le atormentaba: pero ¡cuánto tiempo será todavía menester para que la llaga no duela! Cree amigo mio, que el mayor y mas

sensible de todos los males es el de tenerse que avergonzar de un afecto que ha sido grato á nuestra alma. Perdóname las lágrimas que vierto: son las últimas que derramaré por mi funesto amor; en adelante lloraré arrepentido. Te encargo venerable Mecio, que recojas las cenizas de nuestro rey y de su desgraciada hija: deben descansar juntas con las de mis padres y las de Tulio. Prométeme que tú mismo las llevarás al templo sin fiar de otro este cuidado que Numa te envidia. Adios, respetable amigo, ¡oh quieran los inmortales alargar los dias de tu vejez! piensa que eres el único amparo de los sabinos; su rey ha muerto, Tacia acaba de espirar, Numa va á vivir lejos de ellos, Mecio es quien debe consolarlos en todas sus pérdidas: yo te lo pido, y todavía espero poderte dar algun dia las gracias por todo el bien que les has dado.

Dice: y en vano Mecio quiere seguirle y acompañarle en su destierro. Cuida de este pueblo, le responde Numa, piensa en estos infelices tan olvidados casi siempre. Entonces se aparta prontamente de Roma y toma el camino del país de los marsos.

Este era el mismo camino, por el cual poco tiempo antes habia pasado cubierto de armas resplandecientes, á la cabeza de las legiones sabinas, lleno de amor, y ansioso de adquirir gloria, no dudando que esta le alcanzaria la felicidad. Halló la gloria, y hoy vuelve á pasar solo, sin séquito, desterrado, oprimido de dolor, huyendo al rey que tan bien ha servido, avergonzándose de la que tanto amó, y obligado á buscar un

asilo entre aquellos mismos pueblos que ha vencido.

Camina con estas tristes ideas; en breve sale de las tierras de Roma y se siente aliviado de una cruel opresion. Llega á las cercanías de Vitelia, y entra en un valle por el cual corría un cristalino arroyo, cuyas márgenes poblaban hermosos álamos y sauces. Sigue Numa el curso del arroyo, y al pié de un cerro descubre una espaciosa gruta de donde nacia el agua.

Atraído por la amenidad del sitio, quiere descansar un rato sobre la verde alfombra que adornaba la cueva; entra en ella, y queda admirado al ver un jóven guerrero, cubierto de una piel de leon, dormido, y á su lado una clava ferrada. Numa se acerca, le mira y conoce que es el valiente Leonte, el mismo que iba á buscar entre los marsos, aquel de cuyo valor ya tenia pruebas, y el que no se las dará menores de su verdadera amistad.

Despierta Leonte, conoce á Numa y se precipita en sus brazos. Los dos héroes se abrazan tiernamente. ¡Oh amigo mio! iba á buscarte, dicen los dos á un tiempo. ¿Cómo, dice Numa, tú venias á Roma? Sí le responde Leonte con franqueza y alegría, estoy desterrado; carezco de todo asilo, é iba á pedirselo á mi vencedor.

No hablemos mas de vencer, esclama Numa, pensemos solo en amarnos. Parece que la suerte quiere estrechar todavía mas los vínculos de nuestra amistad, haciéndonos padecer los mismos reveses. Estoy desterrado, é iba, como tú, á pedirte un asilo. Bien te acordarás de lo que hice por el cruel Rómulo: yo solo salvé á él y á

su ejército. En pago de mis servicios á hecho asesinar á mi rey y pariente; la hija de Tacio ha muerto envenenada; y si yo me atreviese á presentarme en Roma, seria preciso inundarla de sangre, ó dar mi cabeza á los lictores. He aquí, amigo querido, la justicia de los hombres: de este modo saben pagar los servicios.

Numa, le responde Leonte, yo he servido á hombres que realmente son menos corrompidos, mas virtuosos y justos, tú me has visto pelear por ellos: quizás no has olvidado todavía el incendio de tu campo, mi retirada y la toma de Auxencio. Pues con todo, los marsos se han acordado solamente del dia de los montes Trebanios. Despues de firmada la paz, y restituido el ejército á Marrubia, el severo senado, que me habia confiado el mando, me mandó comparecer á dar cuenta de mi conducta. Han depuesto con ignominia al anciano Sofanor; me han arrojado de sus Estados, por haberme dejado engañar de los ardides de Rómulo, y porque dejé caer el ejército en la celada que tu me armaste. Mira, pues, si los republicanos son mas justos. Cree firmemente que todos los hombres son ingratos é indignos de ser amados; pero debemos no obstante servirlos, por complacer á los dioses y satisfacer nuestro propio corazon.

Ya hemos cumplido con ambas obligaciones, responde Numa. Hemos derramado nuestra sangre por la patria; esta nos desecha, y así nos vuelve el derecho de vivir para nosotros mismos. Ven Leonte, ven conmigo á un desierto del Apenino: nuestras manos le romperán; cultivaremos la tierra, que menos ingrata que sus moradores, nos

añimentará y viviremos lejos de los hombres, disfrutando de los placeres de la amistad, dignos solo de las almas grandes.

Leonte transportado de gozo le abraza y aprueba su designio: sí, le dice, juntos iremos y viviremos; la muerte sola podrá separarnos: te consagro mi corazón y mi vida. ¡Harto tiempo la ha llenado de amargura una pasión desventurada! Ya es tiempo de vivir solamente para la amistad.

¡Cómo! dice Numa, ¡tú hablas de amor! ¿Acaso conoces sus penas y tormentos? ¿Será cierto que ningún mortal deje de gemir bajo el cruel yugo de esta terrible deidad? Escucha los males que me ha causado, y despues espero, que en justa correspondencia, me confiarás los sucesos de tu vida, los que deseo saber, como propios de un amigo, sin el cual conozco que me seria la vida insoportable.

Leonte le escucha atentamente, y Numa le refiere su vida desde su nacimiento hasta aquel mismo dia.

Esta narracion hecha con el mayor candor y modestia, encantó á Leonte, y le hizo amar todavía mas el amigo, que su corazón habia elegido. Lloró la muerte del virtuoso Tulio, lloró la de Tacio y su hija, y detestando al feroz Rómulo, dá el parabien á Numa de haber podido vencer el amor que tenia á la culpable Hersilia.

Amigo, le dice, el sacrificio ha sido sin duda doloroso: has tenido que elegir entre el amor y la virtud. Preferiste la virtud, y te ves desterrado de Roma, fugitivo, sin asilo y llevando todavía en el corazón la herida que lastima. Mas con todo, quiero preguntarte: si olvidando tus jura-

mentos y despreciando las cenizas de Tacio, hubieses sido esposo de Hersilia; si te vieses dueño de un trono y del objeto de tu amor, ¡cómo destrozarian tu corazón los remordimientos! El yerno de Rómulo, el heredero de su poder, el poseedor de una amante idolatrada, seria mil veces mas infeliz y estaria mas lleno de pesares que Numa virtuoso y desterrado. ¡Oh Numa! Yo lo sé por mí mismo; porque el cielo que nos crió para amarnos, ha querido, al parecer, poner en nuestros sucesos la misma conformidad que se halla en nuestras almas. Tambien yo he sacrificado toda mi felicidad á la virtud. He perdido grandes bienes, es cierto; pero todos juntos no equivalen á la tranquilidad y satisfaccion interior que reina en mi corazón. Mi alma está pura como el agua cristalina de esa fuente: este es el primer medio de ser feliz; el segundo es el de tener un amigo: hoy me regalan los dioses este tesoro. Oye, pues, la relacion de mis sucesos, y ojalá te causen un interes igual al que yo he sentido al escucharte.

Numa le abraza de nuevo, y el héroe marso comienza su historia en estos términos.

